

Érase una vez ...

En una tierra muy, muy lejana, donde se alimentan a base de percebes, empanadas, cerdos domésticos y caña destilada en los galpones traseros; donde no hay fiesta completa si no se dedica a algún manjar autóctono y donde las escaleras no sirven sólo para subir y bajar, sino que depende de la hora, el momento y otro sinfín de circunstancias; en este extraño lugar, en el que los romanos descubrieron el fin del mundo conocido, Finisterre, y bautizaron como Gallaecia, lugar casi desconocido para los que nunca han estado en él, y al que siempre vuelven quienes lo conocen, se celebra un día grande, entre todos los días grandes, que vienen siendo todos los santos conocidos y por conocer.

A ese día grande, el 25 de julio, le llaman el Día del Apóstol, y es festivo en todo el territorio; las verbenas, comilonas y quemas de fuegos de artificio se cuentan por doquier, pero donde más se celebra es precisamente en la ciudad donde el Apóstol, Santiago el mayor, descansa. La ciudad que se

fundó sobre el Campo de la Estrella, que relucía indicando el sepulcro del santo: Santiago de Compostela.

Si además el Apóstol cae en domingo, como en este año de 2010, la festividad se multiplica, con una ventaja que sólo se concede en contadas ciudades en el mundo: el Jubileo, una ceremonia religiosa en la que se perdonan todos los pecados.

Todos, todos...

## *Las botas de ante no se llevan bien con el café*

Santiago de Compostela. 23/07/10. 10.00 horas.

Las mujeres tenemos formas curiosas de reaccionar ante la presencia de cierto tipo de espécimen masculino. Me estoy refiriendo concretamente a ese hombre que hace que se te descuelgue la mandíbula, se te aflojen las rodillas y se te fundan las neuronas. Y todo eso a pesar de que el tío en cuestión tenga, como en este caso, aspecto de no haber dormido en veinticuatro horas, barba de tres días y unos vaqueros zarrapastrosos combinados con una camiseta desteñida por todo atuendo. Claro que cuando bajo tan cutre embalaje, se encuentra el cuerpo glorioso de un dios griego y un rostro que haría palidecer a Hugh Jackman, con diez años menos, quizás empieces a comprender por qué una oficina llena de mujeres jóvenes, inteligentes e independientes, se llega a alborotar como un gallinero ante la llegada de “él”.

—Alerta 2, chicas. Anabel se está tirando el café por encima de sus nuevas botas de ante.

Sofía apartó la vista de la pantalla del ordenador y com-

probó que, efectivamente, Anabel había decidido bautizar su calzado con un oloroso y humeante café recién hecho. ¿Otra vez Sergio? Tendría que prohibirle asomar por la agencia, por lo menos hasta que Anabel aceptase ir a una terapia psicológica o se buscara un novio, o algo que la curase de aquel embotamiento que ya duraba dos meses. Y todo por una sola cita, que ni siquiera fue gran cosa según ella misma había reconocido. Mujeres...

—¡Haz algo, Sofía! —le gritó Carmela, al tiempo que arrancaba la taza de café de la mano de Anabel y la sacudía para que saliese del trance.

—Ya voy. Ni que fuera culpa mía...

—Viene a verte a ti, como siempre —bufó su compañera, mientras arrastraba de un brazo a la semicomatosa del café, camino del baño—. ¿Y tú por qué llevas botas de ante en julio?

—Es que por la mañana estaba muy nublado —lloriqueó Anabel, sorbiendo por la nariz.

—Ya, y que ayer te fuiste a las rebajas y no pudiste esperar para estrenarlas, ¿a que sí?

La otra sacudió la cabeza a los lados, alborotando los rizos demasiado decolorados, que le daban aspecto de la típica rubia con pocas luces. A su lado, Carmela, que apenas le llevaba dos años y era una morena alta e imponente, parecía una sargento tratando de imponer disciplina a un recluta atolondrado.

—Sí, sí, a verme a mí —murmuró Sofía por lo bajo cuando las dos desaparecieron por la puerta del baño.

Salió de detrás de la mampara que la ocultaba de la entrada para encontrarse con la sonrisa perezosa de Sergio que estaba preguntando por ella a la recepcionista. Contuvo apenas las ganas de decirle a su nueva empleada que dejase de

mordisquear la tapa del bolígrafo mientras repasaba de arriba abajo con ojos lánguidos al recién llegado.

—Aquí está mi chica —dijo Sergio con voz rasposa, apoyando una cadera contra el mostrador de cristal tras el que Mar, la nueva, lo seguía devorando sin disimulo.

—¿Este es tu novio, Sofía? Vaya, no me extraña que lo tuvieras tan calladito. Si yo fuera tú, no lo dejaría salir sólo a la calle.

—Sergio-no-es-mi-novio —masculló con el tonillo de quien ha repetido mil veces la misma frase, al tiempo que agarraba al intruso por un brazo y tiraba de él para obligarle a seguirla hacia su mesa.

—Ya voy cariño —dijo Sergio, dejándose llevar mientras guiñaba un ojo a la recepcionista—. Me encanta cuando se pone así de dura...

—¿Cómo de dura? —preguntó Mar antes de que la pareja desapareciera tras la mampara, arrancando una pequeña carcajada a Sergio.

—Creo que me gusta tu nuevo fichaje.

—Está a prueba —aclaró Sofía, preguntándose si podía echar a la nueva por coquetear con los clientes. Claro que Sergio no era un cliente. Pero no podía permitir que coquetease con él de esa manera, en horas de trabajo, delante de sus narices...

—Sofíaaaaa. —Sergio agitó una mano delante de sus ojos hasta que la hizo volver al presente, con lo que se acentuó aún más su ceño fruncido.

—Vale, ¿qué tripa se te ha roto ahora?

—Estamos de mal humor hoy, ¿no?

—Tengo mucho trabajo.

—Bah, pasa de todo y vente a tomar café... o tila... no sé, parece que te hace falta relajarte. Otro día te vienes conmigo a la piscina.

En ese momento se dio cuenta de que Sergio llevaba una mochila deportiva a la espalda, de que tenía aún el pelo mojado por una ducha reciente, y de que olía como en esos anuncios de desodorante, donde las chicas se vuelven locas al paso del protagonista. Sacudió la cabeza para tratar de despejarse, respirando hondo ante el inesperado aumento de la temperatura de la oficina.

—No puedo perder el tiempo, Sergio, al contrario que tú, algunos tenemos un horario, clientes esperando, este maldito mes de julio en el que todo el mundo quiere viajar, a donde sea, cueste lo que cueste, pero mejor si es barato, bonito, exótico e inolvidable, por ese orden. —Sofía levantó los dedos para ir enumerando—. Y a veces parece que no hay suficientes aviones, ni hoteles, ni siquiera excursiones en autocar a Portugal, para cubrir la demanda de tantos viajeros. De verdad que no es normal lo que viaja la gente en este país y eso que la situación económica no es la mejor... —Sofía se detuvo, tomó aliento y miró con gesto envenenado a Sergio, que había abierto un folleto de viajes al Caribe y lo estaba hojeando, ignorando por completo su monólogo—. Está bien, Sergio, dime que quieres y acabemos de una vez.

—¿Me puedes decir cuándo demonios vuelve Vicente de su viaje?

—¿Vicente? —Descendió una vez más a la tierra, tratando de olvidar sus agobios laborales, para centrarse en la pregunta de Sergio. Vicente, sí, su inagotable casero, aquel con pinta de abuelito de serie televisiva que viajaba más que el Papa de Roma—. Vicente tenía que haber vuelto ya. —Se giró hacia la pantalla de su ordenador y pulsó unas cuantas teclas, hasta comprobar que, efectivamente, tenía fecha de regreso para dos días atrás.

—Ya no puedo con su gato. Tan manso y dormilón que parecía el maldito bicho, y desde que se fue Vicente se ha convertido en Godzilla. Me revuelve los papeles, me araña los sofás, se duerme en mi cama y mea en todas partes menos en el dichoso cajón de arena. ¡Esta noche no ha parado de maullar ni un minuto! Mira qué ojeras.

Sergio se apoyó sobre su mesa, acercándose tanto a ella que casi sus rostros se tocaban. Sintió la tentación de revolverle el pelo, agarrarlo por el cuello y plantarle un beso en todos los morros. Afortunadamente, sólo fue un momento de debilidad.

—¿Toda la noche maullando? ¿Y cómo lo sabes si tú no llegaste antes de las cinco?

El muy sinvergüenza dio marcha atrás, se recostó en la silla, y mostró una sonrisa taimada.

—Mmm, Sofía cariño, ¿ahora me espías?

—Sí, claro, me paso la noche con el ojo puesto en la mirilla esperando para verte llegar. —Notó que enrojecía y para disimular volvió a consultar la pantalla del PC. No había duda, Vicente tenía que estar de vuelta en casa el miércoles, y estaban a viernes.

—¿Qué pasa entonces con Vicente? —preguntó Sergio, que por una vez parecía haberse dado cuenta de que ella quería cambiar de tema.

—Ni idea, pero con lo aventurero que se nos ha vuelto el abuelo últimamente, a saber en qué andará metido.

—¿Y si le ha pasado algo?

—No seas agorero.

—Me extraña que no haya avisado de que se iba a retrasar. El domingo aun me llamó para ver como estaba su Tesoro y si le echaba de menos.

No pudo resistir una risita ante el nombre del dichoso

gato. El felino había sido un regalo de la hermana de Vicente, que se lo entregó bañado, perfumado, con un gran lazo rosa al cuello y bautizado con aquel cursi nombrecito.

—¿No te pidió que se lo pusieras al teléfono?

—Casi.

Sergio se arrellanó aún más en su silla y cruzo las piernas, de forma que sus gastados vaqueros marcaron cada músculo de sus fuertes piernas y su... Al darse cuenta de adónde estaba mirando, se giró bruscamente en su silla, haciendo caer el bote de bolígrafos, que quedaron esparcidos por toda la moqueta.

—Mierda —masculló, arrodillándose en el suelo para recoger el estropicio. Su falda nueva, que maldita fuera la hora en que a algún diseñador se le ocurrió recuperar la moda de la falda tubo, no le permitía otra postura más digna.

—Te ayudo —se ofreció Sergio, agachándose a su lado, mirándole las piernas sin disimulo—. Esa falda debería estar prohibida.

—¿Qué dices?

—Conlleva riesgo de infarto entre la población masculina, por no hablar de que puede provocar accidentes de tráfico y otras catástrofes varias...

—No dejes volar tu imaginación. —Levantó la cabeza cuando una puerta se abrió al fondo del pasillo. Anabel y Carmela salían juntas del baño, la primera compungida mirándose sus botas beige llenas de lunares color café—. Aquí el único que provoca catástrofes eres tú.

—¿Yo? —Sergio se volvió para ver a las chicas acercarse, mostrándoles su mejor sonrisa de chico de anuncio—. Anabel, qué botas tan originales. Carmela, me encanta tu nuevo corte de pelo.

—Sergio, encanto, con comentarios de ese tipo empezaré



a pensar que eres gay —aseguró Carmela con su mejor gesto de soy-inmune-a-tus-encantos.

—Corazón, si quieres cenamos juntos esta noche para discutir tus equivocadas apreciaciones sobre mi persona.

Carmela olvidó a la sargento que llevaba dentro y apoyó la cadera contra la mesa, mostrando su mejor sonrisa de los tiempos en que aún estaba disponible, para disgusto de Sofía. Dios, ¿es que ninguna mujer en aquella oficina era capaz de resistirse a sus encantos? Claro que si se ponía a enumerarlos, le llevaría el día, empezando por su casi metro noventa de estatura, su pelo color chocolate, sus ojos grandes tan oscuros como el cabello, la nariz recta, la boca casi tan perfecta como la de Jonathan Rhys-Meyers, pero con un toque más canalla, más masculino...

—Guapo, no te olvides de que estoy casada y tengo dos hijos —decía Carmela, al tiempo que le lanzaba un puntapié con disimulo.

Sofía ahogó un quejido y se incorporó, con el bote de los bolígrafos entre las manos.

—Yo no soy celoso.

—Qué predecible. Por cierto, esa bolsa que tienes en la mano es un regalo para mi hijo Iago, no vaya a ser que te guste y te la quieras quedar.

Sergio abrió la bolsa que había recogido de debajo de la mesa de Sofía mientras buscaban los bolígrafos y vio en su interior una enorme toalla de playa de un color amarillo chillón, con un espantoso personaje de dibujos con forma de esponja retratado por todas partes.

—¿Ahora me llamas infantil? Te puedo demostrar que ya no soy el niño que te tiraba de las coletas en el colegio.

—¿Tirarme tú de las coletas? Si te sacaba una cabeza.

Sergio se enderezó, para demostrar cuánto habían cam-

biado las cosas con los años, y cruzó los brazos sobre el pecho, mientras dedicaba una mirada condescendiente a Carmela, que resopló con fastidio al ver que tenía que levantar la cabeza para mirarle a la cara.

Sofía bufó irritada ante tal intercambio de coquetería, descarada por parte de Sergio y socarrona de su compañera. Un ruidito como de globo que se deshinchía le hizo recordar que Anabel también estaba presente, en el justo momento en que la pobre huía de vuelta al cuarto de baño.

—Jefas, se acabó el descanso matinal —anunció Mar, asomándose desde recepción—. No sé si habéis puesto alguna nueva oferta en el escaparate, pero han entrado tres clientes juntos y todos tienen prisa.

—Vale. Carmela tú ocúpate del primero. Mar ve al baño y trata de reanimar a Anabel, como si le metes la cabeza debajo del grifo, con agua bien fría. Sergio, fuera de aquí, vete a casa y haz como que trabajas para variar. Yo atenderé al segundo y le pondré un café al tercero.

—Cuando te pones mandona me gustas aún más.

Sergio lanzó un beso a Sofía, le guiñó un ojo a Carmela y pasó por delante de Mar abriendo mucho los ojos ante su generoso escote. Cuando por fin salió de la agencia, fue como si un vendaval de aire caliente hubiera revolucionado el local.

—¿Qué le pasa a Anabel? —acertó a preguntar Mar, abanicándose con una mano.

—Mal de amores. Corre. Dile que la necesitamos.

Cuando todos desaparecieron de su vista, Sofía apoyó las manos con las palmas abiertas sobre su escritorio y respiró hondo. Cada vez que le veía era una prueba. Y le veía casi todos los días. ¿Por qué había vuelto a Santiago? ¿Por qué había alquilado el único piso libre de su edificio? Eran

preguntas que no le podía hacer sin meterse en aguas profundas y peligrosas. El pasado estaba ahí, no podían negarlo, y aún dolía. Como una cicatriz antigua que no puedes tocar, porque conserva la sensibilidad del daño recibido.

Se pasó las manos por la melena, alisándosela. No tenía tiempo para comprobar si ofrecía un aspecto presentable para sus clientes, no estaban las cosas como para hacerles esperar y tentar su paciencia. Ensayó su sonrisa profesional, enderezó la espalda como le había enseñado su madre y caminó pisando fuerte y segura hacia la zona de recepción. La prueba de aquel día había concluido. O eso se creía ella.

En el baño, Anabel estaba apoyada contra la pared, con la mirada pérdida y la boca haciendo más pucheros que un Nenuco.

—Me temo que tienes trabajo —dijo Mar, con poco tacto y menos respuesta—. Esto... Anabel, ¿es cierto que Sergio no es el novio de Sofía?

—¿Por qué lo dices? —preguntó la otra entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Porque lo parecen, ya sabes, la forma de pelearse, es como si conocieran de toda la vida.

—Y es que se conocen de toda la vida. De pequeños eran vecinos, fueron al mismo colegio y al mismo instituto. Hasta que Sergio y sus padres se fueron a vivir a Madrid. Su padre es político, diputado o algo así. —Anabel lanzó un suspiro de lo más teatral y comenzó a retocarse el maquillaje ante el espejo.

—Entonces... entre ellos ¿nada de nada?

—Creo que fueron algo novios en el instituto, pero nada serio.

—Y ahora ¿vuelven a ser vecinos?

—Sí, una casualidad. A Sergio le apetecía volver a Santiago después de tantos años y al llegar alquiló el ático encima del apartamento de Sofía.

—¿Seguro que fue casualidad? —Anabel miró a la recepcionista desde el espejo y sorprendió su gesto taimado.

—¿Y a ti por qué te importa tanto? Bueno, da igual, no hace falta que me lo digas. A todas nos pasa igual cuando vemos a Sergio por primera vez. —Con gesto airado, Anabel se limpió el rímel corrido y arrojó el pañuelo a la papelera—. Pero te lo advierto, él coquetea con todas pero no toma en serio a ninguna. Salvo a Sofía, claro.

Cuando salió del baño, Mar se quedó mirándose en el espejo. Ella no tenía nada que ver con sus tres jefas: las pobres rondaban ya la treintena, si es que no la habían traspasado. Carmela, que era una tía bastante enrollada, se casó muy joven, nada más terminar los estudios, y tenía dos críos gemelos que la volvían loca, todo el día arriba y abajo con ellos. Anabel parecía dispuesta a luchar contra el paso del tiempo, siempre iba muy mona, algo escotada y con la falda muy corta para su edad, pero era resultona y simpática, cuando no se le daba por los melodramas como aquel. Y Sofía, bueno, esa era la rival a vencer. Estaba buenísima, tanto que Mar pensaba que si un día se decidía a montárselo con una tía, escogería a una de su estilo. De esas que tienen cada curva en su sitio y no le sobra ni le falta ningún kilo. Con una brillante melena castaña, que se empeñaba en domar a base de plancha, pero que se le rizaba y ondulaba con la mínima humedad, y la humedad, en Santiago, es mucha. Ojos bonitos, boca preciosa. Sí, la verdad es que

hacía una pareja perfecta con Sergio, los dos parecían sacados de un catálogo de modelos, o de una de esas comedias románticas americanas. Seguramente Anabel tenía razón, y aquellos dos acabarían liados tarde o temprano. Mar no se hacía ilusiones, pero tampoco estaba dispuesta a bajar la guardia. Aún.